TIMON, me 1- fulle Barceland 1938

En torno al pensamiento de Merlino

on una pequeña publicación que se ha vuelto rara, Dell'Anarchia o donde venimo e dove andiamo!, de F. S. Merlino, podemos constatar sus concepciones y su crítica anarquista en 1887. Es un Supplemento al n.º 12 della Fiaccola rossa (gerente responsable Giovacchino Niccheri), Florencia, 1887, 16 págs. en 8.º; periódico que ha aparecido el 25 de julio de 1887 y cuyo número 11, el último que conozco, data del 2 de octubre.

He aquí algunos extractos significativos, teóricos y críticos...

«Para ser anarquista no hace falta hipotecar el propio pensamiento à un plan detallado cualquiera de reordenación social, ni siquiera hace falta renunciar a emplear libremente el propio raciocinio para concretar en nuestra mente la idea de lo que puede ser la futura sociedad.

»Ciertamente, la realidad será diversa de nuestras previsiones; pero mientras tanto la idea aproximativa que nos formemos de la futura sociedad y el conocimiento de sus principios orgánicos valdrán para imprimir a nuestra acción demoledora de la sociedad presente aquel carácter de seguridad y de convicción profunda, que entra por tanto en su exito.

»Por otra parte... cuando se trata de un todo orgánico, como la sociedad, la demolición no puede tener lugar más que en el acto mismo en que se reconstruye. No es posible abatir de hecho la «propiedad individual» sin construir de un modo o de otro «la propiedad colectiva»; no se destruye el Estado sin constituir las asociaciones libres de trabajadores, que compondrán la sociedad anarquista. Expropiar la tierra y el capital a los poseedores actuales significa apropiar la tierra y el capital para las asociaciones futuras. Un término se resuelve en el otro.»

(Me recuerdo aquí cómo Merlino, entonces en Londres, en sus conferencias y discusiones, se complacía en aconsejar términos positivos en lugar de los términos negativos en la explanación de nuestras ideas — en particular apropiación por expropiación —, creyendo que para el sentimiento y la imaginación de los no-iniciados un término descriptivo-constructivo valía más que un término crítico-destructivo.)

«Dado eso, han sido elegidos dos sistemas de reconstrucción social:

eli colectivismo y el comunismo.

>La fórmula del primero: a cada uno según los propios servicios, limplica la posibilidad de separar el trabajo de un individuo del de otro, y de distinguir en el producto de un trabajo hecho en sociedad la parte debida a un productor de la debida a otro. Se ve que tal separación, aun cuando fuese posible, no sería deseable.

»A esta fórmula los comunistas contraponen la siguiente: a cada uno

En torno al pensamiento de Merlino

según sus necesidades; la cual ha sido traducida después así: «consumo libre de las cosas cuya cantidad sobreabunda, o sea cuando supera a las necesidades; reparto por cabeza, o sea en cuotas iguales, de las que escasean.

»Pero también esta fórmula presenta blanco para serias objeciones. En efecto, en una economía racional y bien ordenada no se produce más que lo necesario; alcanzado el límite de lo necesario en un dado ramo de la producción, las energías y los medios sobrantes se emplean en perfeccionar otro, ensanchando así el círculo de las necesidades que se pueden satisfacer. Faltando por tanto necesariamente la condición puesta por los comunistas para la aplicación de su máxima favorita, «a cada uno según sus necesidades», no queda de su teoría más que el expediente poco comunista y un tanto autoritario, del reparto por cabezas:»

(Argumento cuya eficacia se comprende cada vez más en nuestro mundo presente, en que las posibilidades de producción se han vuelto gigantescas, en que la producción sin regla, competidora es, en ciertas ramas; enorme, pero en que todo eso no satisface las necesidades más modestas sobre otros terrenos y ho crea más que malestar, confusión y esfuerzos fraudulentos para llegar a alguna regularización, pero de ningún modo a un bienestar un tanto normal. Queda, pues, todo por hacer, y todo reajuste equitativo e igualitario de la producción por un tiempo indefinido no crearia más que lo estrictamente necesario, racionado en porciones míseras, y una toma del montón en los almacenes presentes no serviría más que a los primeros que llegasen o a los más fuertes, y, al dejar el vacío, acentuaría el primer problema: el de producir lo necesario, que precede al problema: crear una abundancia que permita una nueva y permanente toma del montón.

«No obstante esto, si el comunismo no nos da las normas precisas de relaciones económicas entre miembros de la nueva sociedad, contiene perfectamente su naturaleza, su esencia, que es la solidaridad. Los hombres eran llevados por sus mismos intereses a hacer causa común, a dividirse (por decirlo así) el techo y el pan, a subvenir uno a las necesidades del otro: y prácticamente, la distribución de productos se hará en razón de las necesidades, sin sutilezas de contabilidad, sin mezquindades o avideces de ninguna especie, aun cuando los productos mismos no sean absolutamente superabundantes.

»La cuestión es: ¿de qué modo se hará eso?

»La verdadera solidaridad no puede menos de ser espontánea, y entre los hombres del porvenir adquirirá la forma de «pacto social».

»El pacto social será concertado libremente entre un cierto número de personas con el fin de regular: 1.º, la apropiación y uso de los bienes nacionales; 2.º, el trabajo o prestación de servicios; 3.º, la satisfacción de las necesidades, o participación en los frutos del trabajo.»

Estos tres puntos se «funden en uno: ordenación del trabajo por medio de pactos libres».

«Las diversas sociedades o familias de trabajadores se propondrán por tanto y resolverán por mutuo consentimiento, y en interés común, por medio de pactos sociales e intersociales, la cuestión: ¿Qué hace falta en un momento dado a su sociedad?, y con los medios que están a su disposición: ¿Cuál es la distribución mejor del trabajo para proveer a las necesidades más urgentes? ¿Hay necesidad de nuevas viviendas; o basta reformar las antiguas? ¿Se pueden producir en el lugar los ali-

mentos, o hay que procurarse parte de ellos de fuera? ¿Cómo proporcionarse otras cosas necesarias? ¿Quién atenderá a la educación de los niños y cómo se impartirá? La higiene, la asistencia a los enfermos, la garantia social, etc., ¿están aseguradas?

»La respuesta a estas cuestiones — variadas según los lugares y el grado de desarrollo del socialismo — será dada por los pactos sociales, y se traducirá en una ordenación dada del trabajo, o mejor de necesidades y de intereses en forma colectiva.

»Pero la base de esos pactos — la piedra angular del nuevo edificio social — será el principio de la autonomía individual expresado por la palabra «anarquía»...

»El lector habrá advertido que el concepto que nos formamos de la anarquía es más amplio y comprensivo que el que se ha tenido hasta hace poco tiempo.

»Podemos formular así las modificaciones que hemos aportado al programa originario: — Creemos siempre que la cuestión económica es fundamental; pero la cuestión política nos parece cada vez más indisolublemente ligada a ella. — Reconocemos que las condiciones externas determinan los sentimientos y las ideas; pero estamos lejos de negar que los sentimientos y las ideas reaccionan a su vez sobre las condiciones de la sociedad. — No repudiamos la fuerza física, arbitrio supremo de las grandes ideas; pero hacemos gran hincapié sobre la fuerza moral, que mueve la fuerza física del individuo y de las masas. — Somos anarquistas; pero anarquia para nosotros no es amorfía, sino asociación de libres y de iguales. — En fin, confiamos siempre en las minorías audaces, pero no negamos por eso nuestro deber hacia las mayorías.

»La acción política para nosotros tiene una base económica y un fin moral.

»Nuestra propaganda revolucionaria — hablada y escrita por el ejemplo — consiste sobre todo en extirpar prejuicios, en hacer germinar en el obrero nuevas ideas, nuevos gérmenes de vida social, en inculcarle la nueva moral de lucha, de emancipación, de abnegación, inspirándole el odio contra la injusticia, odio purificador que es hecho de amor hacia los oprimidos y de reverencia hacia la justicia ultrajada.

»Y así, descubriendo uno tras otro al obrero estos idolos de la propiedad, del Estado, de la ley, de la religión, del orden, de la justicia, de la patria, del saber, del honor, de la soberanía popular, del nacimiento, de la riqueza; habituándole a mirarlos a la cara, a desafiarles, a pasarse en sus asociaciones sin «jefes» y presidentes; renunciar, en las relaciones privadas, al deseo de imponerse y de predominar; a despreciar las etiquetas políticas y sociales; educándole para resistir a las exigencias de aquellos idolos y para negarles su tributo, para negar la renta al propietario, el trabajo al capital, el impuesto y la sangre al Estado, el nombre oficial del Registro civil, el voto a las urnas, el asentimiento a las vindictas judiciales, para preparar la resistencia activa que se transmutará en tiempo y lugar en resistencia contra la tiranía burguesa.

»Máxima fundamental: conformar la propia conducta a los propios principios, propagar las ideas con los hechos: no renegarlas con hechos contrarios...»

Recomienda todavía un examen de nuestra acción pasada y dice: «Francamente, si nos hiciésemos este breve examen de conciencia hoy, ¿cuántas páginas arrancaríamos de nuestros periódicos, robadas a la propaganda y contaminadas por polemiquitas aburridas o gastadas en disquisicioncillas bizantinas, en la estereotipia de fórmulas, de que a veces nos prohibimos voluntariamente profundizar el significado?

»Si, igualmente, al fin de cada reunión hiciésemos el balance de la jornada, es decir, si valorásemos el bien realmente hecho, ¿cuántos discursos inútiles nos volveríamos a tragar, cuántas veladas pasariamos mejor y cuántos vacíos llenaríamos en nuestra propaganda?...»

En esos años de 1887 a 1890, Merlino estaba en primera fila de los pensadores libertarios, al lado de Kropotkin, entonces en su período de Campos, fábricas y talleres y del Apoyo mutuo; de Malatesta, que volvió en 1889 con su Associazione (1889-90); de Antonio Pellicer Paraire, de El Productor; de William Morris, el de las Noticias de ninguna parte de 1890; de Johann Most, que llegó entonces a una comprensión más fina del anarquismo; de B. R. Tucker, de Liberty, individualista desdeñoso e insolidario, altanero; de nuevos talentos que adquirieron popularidad, los Jean Grave, Charles Malato, Emile Pouget y Sebastián Faure; de Ricardo Mella en la fase que representa La Solidaridad de Sevilla (1888-89), y de las bellas fuerzas más silenciosas entonces de Eliseo Reclus y de Luisa Michel. De tantos otros de valor no hablo, pues ya los hombres mencionados, en esos hermosos años de ascensión, tuvieron entonces, desgraciadamente, un verdadero minimo de relaciones serias, personales, entre ellos, en idea, en organización y en acción — separados a menudo por las distancias, los idiomas y, materialmente, por las ocupaciones absorbentes de cada uno -; pero también, lo que me parece un hecho, sintiendo muy poco la necesidad de conocerse más, aproximadamente como los grandes Estados, que tienen su propia esfera de interés, su politica determinada y que no tienen, no sienten la necesidad v en el fondo no pueden tener verdaderas amistades para cooperar hacia algo nuevo, que sobrepasaria y cambiaria los hábitos, el horizonte de cada uno de ellos. Yo sé que Kropotkin y Reclus se querían mucho; no tengo ninguna razón para presumir que Malatesta y Merlino no eran buenos amigos; que no haya admirado a Luisa Michel; en cambio, los españoles eran ya muy poco conocidos, salvo por Malatesta, y sobre William Morris, Most y Tucker los latinos tenían pocas nociones claras, y reciprocamente. En suma, existe el hecho que las ideas anarquistas, que habían sido antes, desde 1868 a 1877, discutidas en común en los congresos internacionales, pero que el congreso de Londres, en 1881, había mostrado en un estado de ebullición temporal que no podía durar ni producir un resultado bien claro — que esas ideas, por consiguiente. representadas de 1887 a 1890 por tantos hombres de verdadero valor y que estuvieron a la altura de su eficacia personal, no fueron discutidas juntas, depuradas de sus estrecheces, unilateralidades y otras imperfecciones y demostradas en una expansión a que ya entonces habrían podido llegar y que habría ido desarrollándose en esplendor y lustre en los cuarenta años siguientes.

Y si no hubiesen sido esas personas las más expertas y dotadas de talento, los grupos habrían podido expresar ese deseo y velar por que se diera un paso adelante. Y el programa de la Associazione, el manifiesto publicado por Malatesta cuando volvió, en septiembre de 1889, y su proyecto de reunirse internacionalmente en partido socialista anámquico-revolucionario, manifiesto sobre el cual, comparándolo a la Organización anarquista de 1888 en España, El Productor del 2 de octubre de 1889 — Antonio Pellicer Paraire, pienso — escribe: «es la misma inspiración, es la misma necesidad sentida, es la misma obra», recomendando a los otros países estudiar y meditar ese precioso manifiesto (¿quién lo ha meditado entonces, aparte de la reimpresión sin comentario por La Révolte del 12 de octubre?) Es que todos, de todos los matices, se sentían entonces superiores a todo cambio, en posesión de verdades inmutables y sobre todo ávidos de desmigajar los menores lazos de organización y de cohesión que existían todavía y de creerse verdaderamente avanzados al lado- de los pocos fósiles que creían aún en las muletas o en las camisas de fuerza de las organizaciones.

En torno al pensamiento de Merlino

Es por eso y por un semejante exageracionismo en toda la linea de las ideas, que Merlino escribe en el pasaje citado: somos anarquistas; pero anarquía para nosotros no es amorfia..., y también: conformar la propia conducta a los propios principios, propagar las ideas con los hechos, ino renegarlos con hechos contrarios!

Hay suyo de entonces el libro ¿Socialismo o monopolismo? (Nápoles, Londres, 1887, 288 págs.), cuyo resto de edición se hizo circular como segunda edición, Roma Il Pensiero, 1906. Se ha reimpreso una parte como Obiezioni in voga contro el socialismo anarchico (Ancona, 1892, 43 págs.). Después Manueletto de scienza economica (Florencia, 1888, 128 págs.) y el gran libro L'Italie telle qu'elle est (París, A. Savine, 1890, 392 págs.), el análisis íntimo de todos los aspectos de la vida política y social de un país vista por un anarquista inteligente, un género de trabajo que falta para casi todos los demás países y que contribuiría a que se conociesen mejor y a emanciparse de las mistificaciones de la escuela y de la prensa de cada país en relación a los otros países.

En folletos se tiene suyos La fine del Parlamentarismo (Nápoles, 1887, 38 págs., en 16:°), el número 1 de la Biblioteca Humanitas, cuyo número 3, La Nuova Religione, 55 págs. (reimpreso en Nápoles, 1890, 28 págs.) es, creo, también de Merlino. No puedo darme cuenta en este momento del número 2: Alleanza anarchica internazionale (1887, 29 págs., en 16:°); pero es de Merlino y representa una iniciativa de su parte para coordinar el esfuerzo libertario esparcido, iniciativa que le valió la enemistad feroz de los «Intransigenti», amorfistas y atomizadores que, por otra parte, estuvieron intimamente ligados entre sí en su lucha contra la cooperación y la solidarización de los otros. Merlino escribe aún: Il Nostro Programma (Nápoles, 1890, 28 págs.; Biblioteca del Gruppo 1.º Maggio, n.º 3), cuyo contenido no me ha quedado en la memoria; Le grande cuestioni (N.º 4, 1891, 40 págs.).

En los Perfiles de una posible organización socialista (de ¿Socialismo o monopolismo?) parte de la continuidad: «en la historia, como en la ciencia, no hay solución de continuidad, no hay absolutamente nuevo, ni absolutamente viejo, sino sólo antecedente y consecuente, causa y efecto». La abolición de la propiedad individual «se presenta como el epílogo de una lucha secular que nos introducirá finalmente en el dominio de la asociación». Prevé la revolución social para fines del siglo. Entonces «debiendo, pues, por necesidad, implantarse el sistema nuevo sobre el terreno descubierto por el derrumbamiento del antiguo, muchos vicios de este último se inocularán al otro, y muchos inconvenientes que no se podrán remover al principio habrán de persistir. La nueva

En torno al pensamiento de Merlino

organización, observó Bakunin, no será un organismo viviente y perfectible, y eso basta»... El terreno será preparado por un «período revolucionario» que, «debiendo ser la gestación del nuevo orden social, debe ya contener todos los elementos y realizar y esbozar todas las reivindicaciones...».

«...La/primera reivindicación a realizar es moral: libertad ilimitada de pensamiento, de palabra, de conciencia, de asociación entre los individuos: completa autonomía e independencia reciproca de los individuos y de las asociaciones; y aparte del libre y espontáneo consentimiento y acuerdo de las voluntades, ninguna ley promulgada o impuesta con la fuerza... Libertad y respeto reciproco: es uno de los puntos cardinales de la futura sociedad...»

Socialmente: «...que la tierra, las máquinas, las fábricas, el capital entero debe ser apropiado ipso facto por los obreros, y la producción organizada y puesta en movimiento, según la necesidad del momento, es verdad, pero sin ofensa a los principios informadores del nuevo orden de cosas, de manera como para poder, desde el primer momento, satisfacer las necesidades de la nueva sociedad y para que no haya luego desalientos, sorpresas, reacciones. Todo ello se resuelve en la estructuración inmediata, en todas las localidades que se hayan adherido al nuevo orden de cosas, de las asociaciones obreras, y en la regulación de sus relaciones...»

«...En cuanto al modo, puede ocurrir que un cierto número de obreros de diversos oficios y de cultivadores de las tierras permanezcan
donde están entendiéndose entre si para el intercambio o para poner,
en común los productos respectivos de que tienen reciprocamente necesidad; incluso es este tal vez, en la práctica, el mejor plan a sugerir.
Pueden también los individuos de una dada localidad, pongamos el
caso, los cultivadores de una vasta extensión de terreno, dividirse la
tierra para cultivar un trozo cada uno: o bien adoptar un sistema de
gran cultivo a máquina, y poseer la tierra en común. Pueden los obreros
industriales de una localidad querer trabajar separadamente; otros pueden reunirse en asociaciones. Los obreros reunidos en asociaciones de
producción (provistos de medios de trabajo) regularán de común acuerdo el trabajo, su duración, la dirección técnica, la compensación por el
trabajo que falta, la instrucción y la práctica-profesional, aparte de otras
materias que creen comprender en el objetivo de su asociación.

«Tanto los muchos que trabajarán en común como los pocos que trabajarán separadamente, podrán convenir en comunizar sus productos, es decir, depositarlos en un almacén común para tomar de allí cada uno y todos según las respectivas necesidades, o bien satisfacer éstas, o al menos las más importantes, en común: por ejemplo habitar en grandes viviendas comunes, hacer una comida común o preparar la comida en común», etc.

«Y viceversa, podrán los obreros no sólo querer habitar separadamente y satisfacer separadamente sus necesidades; sino también trabajando juntos, distribuirse los productos, no en razón a sus necesidades, sino de su trabajo, como proponen los colectivistas, fijando una unidad de medida de las cosas, que vendría a ser la hora de trabajo, y certificando la cantidad de trabajo efectuado con bonos de cambio, implicando el derecho de retirar una dada cantidad de productos, pero restringidos al uso personal, o sea no transmisibles, y válidos por un tiempo limitado, o sea no acumulables...»

Pero habrá para todos los trabajadores del porvenir una gran cantidad de cosas que no podrán hacer más que en común, tal como la provisión de materias primas, el cambio de los productos, el seguro contra los accidentes de la producción, etc. Para eso todos sentirán «la necesidad de federarse sobre base territorial (y, en algún caso, también profesional)... La Comuna será la federación de las asociaciones productoras de una dada localidad, o la federación de productores independientes». En fin, para las comunicaciones de país a país, las exploraciones científicas, etc., habrá lazos de unión entre las comunas y de país a país; «las modalidades de los pactos sociales, por consiguiente, variarán según los tiempos y los lugares»...

Las bases de los pactos serán el trabajo de todo individuo capaz, la equivalencia de los servicios (intelectuales y manuales), desinterés y solidaridad universal.

Después de esos comienzos seguirá «un movimiento de adaptación, de combinación mejor, de más equitativo reparto de bienes y de más proporcionada distribución de los hombres sobre la superficie de la tierra; se convendrán pactos de intercambio que reduzcan las diferencias de posesiones teniéndolas en cuenta en el intercambio de productos, etc., etc. La progresividad es la característica del nuevo orden social. Dado el impulso, la humanidad marchará adelante, adelante, a la realización complèta de su ideal»...

Especialmente las ventajas locales serán eliminadas gradualmente por los pactos que esas localidades serán forzadas a concertar con grupos independientes que sabrían hacerlas frente, y así, al fin, «el intercambio, equilibradas las fuerzas y las necesidades y equiparados los medios, será una simple distribución o una verdadera puesta en común de los productos del trabajo».

No resumo el resto de este capítulo interesante, perb se habrá visto que Merlino parte de lo meños perfecto de los comienzos a lo más perfecto de una época que continúa la marcha hacia la solidaridad. Es decir, que no coloca la abundancia, la producción casi espontánea, el comunismo absoluto al comienzo del nuevo orden, sino que los deja desarrollarse sobre la base de una producción regular y esmerada, hecha posible por los pactos entre hombres y grupos independientes y que se sienten cada vez más desinteresados por su vida solidaria y libre. La amorfia de una época de hábitos de solidaridad que garantizan la abundancia, no la promete al primer día de la revolución realizada; por lo que se le han hecho reproches.

Merlino ha tenido una rara ocasión de formular sus ideas comunistas anarquistas tan sobria y sucintamente como pudo, en la verdadera ciudadela de la economía burguesa, el Journal des Economistes, de París, invitado por su director, M. de Molinari. Fué la Intégration économique. Exposé des doctrines anarchistes (J. des Ec., dic. 1889, páginas 377-390) y Le caractère pratique de l'Anarchisme (enero de 1890, páginas 232-237). El primer artículo, sobre la integración económica, apareció en folleto italiano en Grosseto, en 1902, 31 págs., 12.°, y en L'Adunata dei Refrattari (Nueva York), del 29 de octubre al 12 de noviembre de 1927. Véase también La Révolte, del 15 de marzo de 1890, Polémique anarchiste, con una palabra final de Merlino a M. de Molinari.

Dice, por ejemplo: «...Donde la producción es colectiva, la remuneración del trabajo no puede menos de ser colectiva y organizada de manera como para satisfacer las necesidades de todos... La ración y la toma a capricho son dos extremos del consumo; se estará igualmente lejos del uno y del otro. Las necesidades serán previstas y el trabajo organizado para satisfacerlas. La solidaridad estimulará a los asociados a un trabajo, más allá del límite del interés estrictamente individual.

...»Sin embargo, las relaciones entre los asociados pueden ser determinadas previamente por pactos libres y revocables que regulen; por ejemplo, la duración de la jornada, el uso de la materia prima y de las máquinas, el empleo de los productos y de los modos de satisfacción de las necesidades; y también las condiciones para la disolución de la asociación... Entre los grupos, que se constituirán sobre una base bastante amplia para que puedan ser independientes y para que la entente entre ellos sea libre e igual, un intercambio complementario podria tener lugar para los productos de industrias de localidades particulares como las industrias extractivas, transportes, construcciones de navios, etc...»

Reivindica, pues, la integración económica (por la propiedad colectiva), intelectual (trabajo intelectual y manual), moral (por la libertad y las condiciones garantizadas del desarrollo independiente), política y social del individuo y su progreso continuo por la asociación, y concluye: ...«Y entendemos por anarquia (negación de la autoridad, negación de la negación del hombre) la afirmación del hombre, la reivindicación de los derechos imprescindibles de la naturaleza humana.»

